

“Los Buddenbrook. Decadencia de una familia”, Thomas Mann

José María López Jiménez

Resumen: Thomas Mann, célebre por novelas como “La montaña mágica” o “La muerte en Venecia”, muestra en “Los Buddenbrook” el auge y declive de una familia de negocios germana del siglo XIX, con un profundo conocimiento del mundo de los negocios y de sus ramificaciones políticas y sociales. En este trabajo se comentan algunos pasajes destacados de la citada obra.

Palabras clave: Buddenbrook; Thomas Mann; empresa familiar; burguesía.

Códigos JEL: B10; L20; N13; P14.

1. Introducción

Edward Gibbon mostró en “Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano” el proceso de creación, desarrollo, apogeo y paulatino derrumbe de la maquinaria casi perfecta que encarnó Roma. La Ciudad Eterna contenía las semillas de su propia destrucción, y Gibbon pasó pronto de celebrar los triunfos a escribir la crónica de los desastres (Schumpeter, 2015).

En el análisis de las entidades políticas, acaso sea esta la obra que más notoriedad ha alcanzado y ha permitido extrapolar sus argumentos a otras formas de organización social más cercanas a nuestra época, generando un llamativo apetito por la decadencia de las instituciones bien asentado en Occidente.

Este proceso de decadencia y caída afecta, por evidentes causas biológicas, a las personas, pero también a las instituciones de toda índole, políticas o no, de las que las colectividades humanas se dotan para superar el transcurso del tiempo y tratar, de algún modo, de superar sus propias limitaciones.

Las instituciones, en general, pueden enfrentarse al transcurso del tiempo de dos formas: aceptando con lucidez la necesidad de adaptarse a un medio cambiante o negando con obstinación la posibilidad de separarse de los viejos odres. La primera postura conduce, a veces, a la permanencia, pero la segunda suele conducir al colapso y a la extinción.

La empresa, como conjunto de medios personales y materiales organizados por un empresario orientado a la producción de bienes y servicios para su oferta en un mercado, no es ajena a estas tensiones y vicisitudes. Las empresas, como la Roma de Gibbon, también nacen, se desarrollan y se transforman o “mueren”.

Un ejemplo extraordinario que nos ofrece la literatura de este proceso vital empresarial lo hallamos en “Los Buddenbrook”, de Thomas Mann, a quien se le conoce especialmente por “La muerte en Venecia” (1912) o “La montaña mágica” (1924), pero quizás algo menos por esta novela, su ópera prima publicada en 1901, cuando apenas tenía 25 años.

El Nobel de Literatura se le concedió en 1929 —el año del célebre crack bursátil— “principalmente por su gran novela “Los Buddenbrook”, que ha ganado creciente reconocimiento como uno de los trabajos clásicos de la literatura contemporánea”¹.

De entrada, llama la atención que Mann, a pesar de su juventud, conociera tan profundamente, mucho antes de alcanzar los treinta años, los entresijos del mundo de los negocios y de sus relaciones, algunas muy sutiles, con la sociedad y la política. La razón, además del talento del autor, reside en que la obra se basa en los avatares por los que pasó su propia familia, que fueron, al parecer, su principal fuente de inspiración.

La trama de “Los Buddenbrook” se desarrolla en la parte central del siglo XIX, entre 1835 y 1877, en el Lübeck natal de Mann. Fueron unos años de efervescencia política, que habrían de conducir a la constitución como Estado de Alemania, pero también de intensa actividad comercial, sobre todo en una plaza como Lübeck, cabecera de la conocida como Liga Hanseática. Estudios recientes muestran que, en contra de la sabiduría popular, el comercio mundial creció más rápido entre 1817 y 1866 —periodo que viene a coincidir, en lo sustancial, con la trama de “Los Buddenbrook”— que entre 1867 y 1913 —los años de la «Belle Époque»— (Federico y Tena-Junguito, 2016).

En este contexto tan dinámico se ha de situar la saga de los Buddenbrook y a su fundador, Johann Buddenbrook, que se consagró a la exportación de cereales a finales del siglo XVIII (la Casa Johann Buddenbrook se fundó, en concreto, en 1768, algunos años antes de la Revolución Francesa, aunque el primer Buddenbrook vivió a finales del siglo XVI). El hijo del fundador, también llamado Johann, fue proveedor de grano del ejército prusiano, servicio —el de proveedor de un ejército— que no es inhabitual que vaya ligado a la generación de fortunas.

No obstante, la trama de este libro, como hemos indicado, comienza algunas décadas más tarde, hacia

¹ Referencia tomada de la página web del Premio Nobel (http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/literature/laureates/1929/).

1835, en la infancia de los hermanos Thomas, Antoine (Tony), Christian y Clara, nietos del fundador de la Casa, que son, realmente, los protagonistas de la novela, especialmente, Thomas y Tony, sobre quienes recae la pesada carga de dar continuidad a la saga, mediante la gestión del negocio familiar heredado, en el caso de Thomas, y la búsqueda, con la moneda de cambio de una buena dote, en el de Tony, de un buen partido con el que contraer matrimonio para ampliar las relaciones familiares y de negocio (como Tony admite cuando es adolescente, “yo, por supuesto, me casaré con un comerciante. Eso sí, deberá tener muchísimo dinero para que podamos vivir con distinción; se lo debo a mi familia y a la empresa. Sí, sí, ya lo veréis, así lo haré” —se casó en dos ocasiones y en dos ocasiones se divorció, con el fruto de una hija de su primer matrimonio—).

Por si esto fuera poco, sobre Thomas, el primogénito, recae el deber de tener un hijo varón bien dotado para las relaciones sociales y mercantiles, que dé continuidad a la actividad de la Casa Buddenbrook. Sin embargo, su hijo Hanno, nacido en 1861, es débil por naturaleza y adquiere de su madre Gerda, a la que Mann traza como una mujer bella, misteriosa y cautivadora, el gusto por la música y una excesiva sensibilidad poco acorde con la dureza de la pugna comercial. El prematuro fallecimiento de Hanno, a los 16 años de edad, unido a la ausencia de otros herederos masculinos de otras ramas de la familia, implica el fin de la Casa Buddenbrook en 1877.

Sobre Gerda, antes de contraer matrimonio, Thomas Buddenbrook reflexiona lo siguiente en una carta dirigida a su madre, escrita el 20 de julio de 1856: “Adoro a Gerda Arnoldsén con verdadero entusiasmo, pero cierto es también que no soy capaz de adentrarme en las profundidades de mi alma para descubrir si a este entusiasmo ha contribuido —o hasta qué punto— la elevada dote [...]. La amo, pero mi dicha y mi orgullo son tanto más profundos cuando más pienso en el importante aumento de capital para mi empresa que habré conseguido cuando se convierta en mi esposa”.

Esta doble moral, tan típica de la burguesía decimonónica, impedirá a los Buddenbrook aprehender adecuadamente el entorno que les rodea para actuar en consecuencia y alterar la deriva de los acontecimientos. Al contrario, su arrogancia, el regodeo en las formas de hacer tradicionales, en no cambiar nada ni en su negocio ni en sus vidas personales, en dejarse llevar, conducirá a la destrucción de la Casa, comprensiva de la propia familia y del negocio fundado por su ancestro Johann. En torno a todos ellos gravitan personajes variados, como familiares, miembros de la iglesia (tanto católica como protestante), empleados fieles de baja clase social, competidores, aliados, jóvenes cazafortunas, políticos, artistas, músicos, etcétera, en

distintos ambientes, pero entre los que parecen esenciales la recurrente reunión doméstica, en hogares cada vez más ostentosos, denotadores de la posición social y económica, en los que se da cuenta de los más abundantes y exquisitos manjares (“una cena como ésta sale un poco más cara, pero no es, ni mucho menos, una mala inversión”, dice Thomas Buddenbrook a su esposa, al comienzo de su vida social), y el balneario de verano de Travemünde, al que las familias, con exclusión del cabeza de la misma, que permanecía en la ciudad trabajando, eran enviados en época estival para cambiar de aires y mejorar la salud, igualmente rodeados de lujo y de todo tipo de comodidades.

Esta es, en lo esencial, la trama de “Los Buddenbrook”, una obra bien estructurada, en la que el perfil psicológico de los personajes está extraordinariamente trazado y que derrocha información no solo sobre una época, sino, sobre todo, acerca del modo de pensar de los hombres de acción —en sentido estricto, dada la exclusión de las mujeres, en general, de la gestión empresarial— del siglo XIX.

En el apartado posterior mostraremos los contenidos que nos han parecido más significativos desde el punto de vista de los negocios, la política y la sociedad, al hilo de la propia involución de la Casa Buddenbrook, que conducirá a su prematura liquidación, de la que también iremos dando sucinta cuenta.

2. Negocios, política y sociedad en “Los Buddenbrook”

En la obra se menciona en varias ocasiones un libro que quedaba en poder del cabeza de familia existente en cada momento, en el que se iban recogiendo las peripecias personales, las enfermedades superadas, los días de ocio o las vicisitudes comerciales de cada uno de los miembros de la familia, tanto de esta rama de los Buddenbrook como de otras colaterales con las que se mantenía contacto.

En esta suerte de cuaderno de bitácora se menciona una máxima de Johann, el fundador de la Casa Buddenbrook, dirigida a su hijo y descendientes, tan válida para esta saga familiar como para cualquiera relacionado con el comercio o la empresa: “Hijo mío, atiende con placer tus negocios durante el día, pero emprende sólo los que te permitan dormir tranquilo durante la noche”. Este resquemor nocturno podía denotar que el negocio no marchaba bien, por ser excesivos los riesgos asumidos o escasos los rendimientos generados, por ejemplo.

La obra está jalonada de breves expresiones, como esta, llenas de sabiduría y experiencia, de unos u otros personajes de los muchos que pasan por este pequeño universo, como que “dos capitanes al timón, mala cosa... Seguro que, entre los dos, echan el

negocio a perder”, o que “el dinero abre muchas puertas”.

En otros pasajes del libro se transmite la idea, bien anclada en la ética protestante, de que “la diligencia en el trabajo recibe su buena recompensa”, en forma de satisfacción personal y, también, de retorno material. En el siglo XIX, y también algunos siglos antes, el primer temor del comerciante era el de la quiebra o bancarrota, que podía materializarse, sin más, en la liquidación de la empresa y la separación de cada uno de los átomos que la conformaban, o bien, y esto era una humillación aún mayor, en que un rival, un competidor, la adquiriera.

Un indicio de la debilidad del negocio, además de la pérdida del sueño, era el consumo del capital, es decir, de la médula que le servía de base. Por ejemplo, se menciona el caso de Peterd Döhlmann, individuo de vida disoluta, al menos para los estándares de la época, hijo de un fallecido comerciante de maderas al por mayor: “La fortuna que le había dejado en herencia su padre, de cuyo negocio se suponía que se había hecho cargo, era bastante considerable, pero corría el rumor de que estaba empezando a consumir capital”. Peterd, casado y con una hija, se había aficionado al teatro, no se perdía ninguna función y seguía atentamente a las integrantes del reparto. La última joven artista a la que había obsequiado con brillantes fue Demoiselle Meyer de la Grange...

En esos años del siglo XIX, los matrimonios de las hijas, especialmente, se concertaban entre los cabezas de familia, o entre el pretendiente y el progenitor. Que de la elección ajena pudiera resultar la felicidad de los contrayentes o no era cuestión diferente, probablemente secundaria.

En el caso de Tony, se describe minuciosamente cómo se acercó a su padre un joven comerciante (Grünlich) para pedir la mano de su hija, matrimonio que, finalmente, tras no pocas resistencias de Tony, se llegó a concertar.

Johann Buddenbrook realizó sus pesquisas para conocer quién era este joven, y, para ello, examinó los libros de cuentas de su compañía: “Ayer por la mañana, en una larga conversación que tuve con Grünlich, quien desde luego, se mantiene firme en su propósito con verdadero tesón, vi sus libros de cuentas... Me los trajo para enseñármelos. Unos libros de cuentas, Bethsy, ¡como para enmarcarlos! Le expresé mi más sincera satisfacción al verlos. Para ser un negocio tan joven, marcha muy bien, muy bien. Su fortuna asciende a unos ciento veinte mil táleros, y eso, obviamente, no es más que una base provisional, puesto que alcanza una hermosa media de ingresos anuales”.

Más tarde, vigente el matrimonio y nacida su primera y única hija (Erika), se descubrirá que

Grünlich simplemente buscaba la dote ligada al enlace (80.000 marcos, tras una acalorada negociación entre el padre y el candidato a esposo).

Para simular los libros de cuentas y recibir los préstamos que le permitían aparentar un alto nivel de vida, sobre todo de cara al que habría de ser su suegro, Grünlich no tuvo reparos en asociarse arter y maliciosamente con un banquero (Kesselmeyer), quien no tuvo inconveniente, para cobrar lo que se le debía, en instar la bancarrota de Grünlich, lo que desencadenaría el divorcio y el retorno de Tony al hogar familiar, ante la imposibilidad de atender sus créditos, una vez agotadas las vías alternativas de la refinanciación, la ampliación de plazos para el pago o su fraccionamiento. Kesselmeyer llega a decir: “Yo, con los intereses que ha ido arañando usted aquí y allá habré cubierto mis gastos... y tengo preferencia sobre el activo de la quiebra, mi querido amigo”.

La bancarrota, el más duro castigo al que se podía someter a un comerciante, se describe como algo “mil veces más espantoso que la muerte” y “sinónimo de cataclismo, catástrofe, ruina, humillación, vergüenza, desesperación y miseria”.

60.000 de los 80.000 marcos de la dote de Tony se aplicaron a pagar deudas de Grünlich en beneficio de sus acreedores, algunos de los cuales eran, a su vez, competidores de Johann Buddenbrook. Sin embargo, a pesar de todo, este decidió no poner el asunto en manos de la justicia para no darle mayor importancia aún y suscitar un escándalo nada beneficioso para su imagen y reputación.

En el libro se transcribe, literalmente, una carta dirigida a Thomas Buddenbrook por su padre Johann, fechada a 8 de octubre de 1846. Johann menciona la satisfacción de haber colocado a sus dos hijos varones —Thomas y Christian— “en empresas con las que me unen lazos de amistad”. El escrito se centra, no obstante, en Thomas, en quien su padre tiene depositadas las esperanzas de futuro (su hermano Christian, además de sinestésico e hipocondríaco, es un vividor que piensa más en disfrutar que en los negocios).

Se cita en la carta que Thomas, además de un salario fijo, es previsible que en un futuro próximo cobre incentivos. También se refieren sus problemas de salud, por el “estado de nerviosismo”, lo que requiere una “cura de salud”, la misma a la que tuvo que someterse Johann cuando era joven.

Johann aconseja a su hijo que sea agradable con la familia de su superior, pues, en los casos improbables de que cometiera algún error en el negocio o su trabajo dejara algo que desear en esto o en aquello, su consorte siempre podría mediar por él.

El padre previene al hijo, en cuanto al futuro, sobre los peligros de la exportación de los productos de los

alrededores de su zona originaria de influencia (él intentó llegar con sus exportaciones a Escocia, pero abandonó el proyecto por los riesgos excesivos), y le deja caer la pertinencia de la gestión de las comisiones como la más idónea fuente para obtener ingresos.

Más vale evitar los ascensos fulgurantes, le aconseja, aunque se queja de que los negocios de la Casa Buddenbrook crecen a un ritmo “demasiado lento”, y que ojalá pudiera ceder el negocio a Thomas como él lo recibió de su propio padre. Con el apoyo del apoderado de confianza de la Casa (Marcus) y la herencia que se pueda recibir de su madre (si la fortuna familiar, antes del paso a los herederos, se gestiona bien...), el futuro no debería ser problemático.

Las relaciones de los negocios con lo político y lo social, incluso con la beneficencia, quedan bien recogidas en esta carta, en la que Johann escribe a su hijo que “el trabajo en la empresa y las instituciones públicas me desborda. Soy decano del Colegio de Armadores de Bergen, y he sido elegido representante municipal del Departamento de Finanzas, la Junta de Comercio y la Diputación de la Auditoría de Cuentas, así como del Hogar de la Beneficencia de Santa Ana”.

Esta carta concluye con un breve pero significativo consejo, casi imperativo, del padre al hijo: “reza, trabaja y ahorra”.

La Bolsa, en la que la alta sociedad de la época tenía intereses directos o indirectos y a la que sus miembros, según el libro, solían acudir personalmente con frecuencia, era igual de volátil en el siglo XIX que en el presente. Así, se menciona la inestabilidad de las cotizaciones en el contexto de la guerra entre Prusia y Dinamarca, por la que Prusia adquirió, finalmente, los ducados de Schleswig y Holstein, no sin la mediación en el conflicto de otras dos grandes potencias como Inglaterra y Rusia.

El siglo XIX no sólo fue de esplendor económico, sino que en él también germinó la consolidación de la burguesía y su enfrentamiento con la aristocracia, en un proceso histórico comenzado en el siglo anterior, y la agitación promovida por una clase trabajadora depauperada, sometida a las dos anteriores, pero que comenzaba a organizarse a través de la acción política y sindical. El siglo XIX está jalonado de revoluciones que llegan a su punto culminante con la de 1848 y, más adelante, con la Comuna de París, que se solapa con la guerra franco-prusiana y la victoria germana de 1871.

De esta situación de ebullición quedan rastros memorables en “Los Buddenbrook”, que Mann pone en boca de un joven soñador e idealista (Morten) pero con los pies en el suelo, aspirante a médico, de una familia acomodada pero alejada de la alta sociedad,

con la que Tony entra en contacto durante una breve e inolvidable estancia veraniega en Travemünde, donde es enviada por su padre para alejarla de la presión a la que la sometía su entonces pretendiente Grünlich.

En una carta enviada por Tony a su padre aquella alude a que, ciertamente, es costumbre casarse entre las familias de comerciantes, aunque Morten, respecto del cual no puede negar que siente atracción (una atracción imposible) pertenece a otro respetable grupo social, “el de los hombres con estudios”, visto con temor y resquemor por los comerciantes, que carecen en la época, en general, de formación universitaria.

Estas son las emocionadas palabras de Morten: “¿Acaso basta con que un hombre nazca dentro de una determinada clase para que se le considere noble, un elegido que puede permitirse mirar con desprecio y por encima del hombro a los que intentamos llegar a su altura por nuestros méritos personales? [...] Nosotros, la burguesía, el tercer estado, como se nos ha llamado hasta ahora, queremos que sólo exista una nobleza cimentada en los propios méritos, no reconocemos a la nobleza ociosa, nos negamos a aceptar el sistema de clases imperante... Queremos que todos los hombres sean libres e iguales, que nadie esté sometido a otra persona, sino que todos seamos súbditos de la ley”.

En otro pasaje de la obra, Johann Buddenbrook explica que los trabajadores más antiguos de los almacenes eran lo bastante honrados para no dejar que nadie les metiera ideas alocadas en la cabeza, pero “entre los jóvenes sí que se había dado algún que otro caso que evidenciaba cómo el nuevo espíritu rebelde había logrado abrirse camino vilmente”.

Thomas toma las riendas del negocio familiar, tras el fallecimiento repentino de su padre mientras está trabajando en el escritorio en su hogar, y se percibe un cambio de aires, pues “se notaba que un espíritu más fresco, más imaginativo y más audaz reinaba en la empresa. De vez en cuando se atrevían a hacer alguna operación más arriesgada; de vez en cuando, con mano segura, se hacía uso y se sacaba provecho de aquel crédito de la casa que, en el régimen anterior, no había sido más que un concepto, una teoría, un lujo”.

De este rejuvenecimiento de la vieja empresa, más aparente que real, era consciente el nuevo “patrón del barco”, Thomas, que “consideraba fundamental comprometerse personalmente en la lucha diaria por el éxito, pues sabía muy bien que, gracias a su apariencia elegante y segura, a su excelente tacto y a sus convincentes buenas maneras, había logrado hacer más de un buen negocio”. Los negocios predilectos de Thomas eran los que surgían de manera espontánea, como, por ejemplo, el que concertó con un molinero durante un paseo familiar,

con quien, tras charlar informalmente, cerró un contrato ventajoso.

Esta satisfacción se ve reflejada en las siguientes palabras de un ilusionado y ufano Thomas: “La profesión de comerciante es bien bonita y satisfactoria. Sólida, agradable, activa, cómoda [...]. Llega uno tempranito a la oficina, bien descansado, echa una ojeada al periódico, fuma y reflexiona sobre esto y aquello y sobre lo bien que le va, se toma su coñac, y trabaja un rato. Llega el mediodía, sube a comer con la familia, descansa, y vuelve a trabajar otro rato... Tiene uno que escribir y se encuentra a su disposición un excelente papel, bien liso y pulcro y con membrete de la empresa, su buena pluma, regla, abrecartas, sello, todo de la mejor calidad, todo bien ordenado... y con eso soluciona todo, muy diligentemente, una cosa tras otra, primero esto luego aquello... hasta la hora de recoger. Y mañana será otro día. Y cuando sube uno a cenar se siente profundamente satisfecho”.

Un momento de revelación en la obra es una discusión entre Thomas y su hermano Christian, a propósito de unas palabras pronunciadas por este en una más que relajada reunión social que llegan a oídos de aquel: “en el fondo, bien mirado, todo comerciante es un estafador”. Y Thomas, aunque rechaza la idea y vapulea a Christian, a quien tacha de parásito e inútil, no deja de dar vueltas a lo insinuado por su hermano.

Thomas Buddenbrook alcanzó el cénit de su vida al ser designado miembro del Senado, antes de haber alcanzado los cuarenta años de edad. Estaba desbordado por sus obligaciones públicas y privadas, ya se tratara de la asistencia e intervención en reuniones del Senado y sus comisiones, ya de la toma de decisiones en los consejos de administración que presidía, lo que le ponía en constante prueba y le obligaba a extremar sus dotes diplomáticas y flexibilidad. Se veía obligado a “actuar de forma que, sin herir la sensibilidad de los miembros de edad más avanzada y guardando siempre la apariencia de que respetaba y se plegaba a su mayor experiencia, el poder de decisión no se le escapase de las manos”.

Su salud comenzaba a resentirse de un desgaste cada vez más intenso, por lo que los doctores le aconsejaban mayor descanso (“¡Ay, mi querido doctor! ¡Qué más quisiera yo que haber llegado a eso!”), mientras quedaba embargado por un sentimiento desesperante, a pesar del reconocimiento general, de que su rendimiento quedaba a la zaga de lo que “su imaginación urdía y se proponía emprender”, lo que le llevaba a un desasosiego constante.

El traslado a un nuevo hogar familiar, absolutamente ostentoso pero necesario para aparentar mayor poderío comercial, político y social, parece coincidir con el cambio de ciclo y el comienzo

del fin de Thomas y de los Buddenbrook. A partir de ese momento la buena suerte empieza a ser esquiva, y se suceden una serie de reveses, personales y comerciales, que van socavando los pilares de la Casa Buddenbrook establecidos décadas atrás.

A los 42 años Thomas era un hombre agotado, que albergaba en su interior la idea de que habían dejado de sonreírle la suerte y el éxito, y en cuya conciencia resonaba la frase pronunciada por Christian años atrás: “en el fondo, todo comerciante es un estafador”.

El centenario del comienzo de actividad de la Casa Buddenbrook (1768-1868), con todos los fastos programados para celebrar tan extraordinario evento, fue afrontado por Thomas con tristeza y desesperación, sobre todo al contemplar a su hijo Hanno, de siete años, su debilidad física, el previsible desinterés por la actividad comercial y el gusto, heredado de su madre, por la música.

En un capítulo singular de “Los Buddenbrook” se debate sobre la música y su técnica, en una conversación entre Gerda y su profesor (Edmund Phülf), que más tarde también lo será de Hanno. Así, se pasa revista a Bach y la técnica del contrapunto, a Palestrina, a Haydn, a Beethoven, a Wagner...

Hanno tenía un conocimiento musical innato, avivado por su madre y su profesor, por el que aquel sentía absoluto agradecimiento. En 1869, en el octavo cumpleaños de Hanno, este tocó a dúo con su madre, ante toda la familia, una fantasía inventada por él mismo: ella, al violín, él, al piano. Ante las palabras de su tía Tony, que, casi entre lágrimas, abrazó a Hanno y dijo a sus padres que sería un Mozart o un Meyerbeer, el comienzo de la ruptura se consuma ante las duras palabras de su hermano: “Tony, por Dios, ya está bien. Te lo ruego, ¡le estás llenando la cabeza de pájaros!”. El padre comienza a percatarse de que su hijo nunca será un verdadero Buddenbrook, en la tradicional concepción: un hombre fuerte de mentalidad práctica, con una fuerte tendencia a la extroversión y un fuerte deseo de poder y de conquista.

Entretanto, ha fallecido, sin hijos de su matrimonio, Clara, la hermana menor de Tony, Christian y Thomas, y su esposo se ha quedado con la sustancial dote recibida, y ha muerto, asimismo, la madre de todos ellos, Elisabeth. Los tres hijos que la sobreviven se ven obligados a desprenderse de la que fue la casa familiar, en la que se desarrolló buena parte de sus vidas y a la que quedaron anclados sus más preciados recuerdos. Han de malvenderla, por las estrecheces económicas, que no se puede ocultar ya y es conocida por todos, de la Casa Buddenbrook, a uno de sus competidores, que aprovechará la ocasión para, sin perder los modales, humillar a los Buddenbrook.

Thomas, en un momento en el que lo más que puede hacer es conservar lo poco que le queda y sabe que no hay margen para mejorar su fortuna, comienza a tomar conciencia, a los 48 años, de la cercanía de la muerte y prepara su testamento.

Tras una visita al dentista por un dolor de muelas, Thomas resbaló y cayó al suelo fatalmente, golpeándose el rostro y falleciendo pocas horas después, antes de cumplir los 50, en su hogar, rodeado de su familia.

La muerte del sucesor natural de la familia, el débil Hanno, poco tiempo después, con apenas 16 años, pone fin a la Casa Buddenbrook y a esta saga, aunque, de todas formas, aunque hubiera sobrevivido, su suerte estaba echada, pues Thomas, en su testamento, dispuso que la Casa Buddenbrook fuera liquidada tras su fallecimiento en el plazo máximo de un año. Al proceso de descomposición empresarial se sumó, por tanto, el de la desaparición física de la stirpe.

Referencias bibliográficas

PÁGINA WEB DEL PREMIO NOBEL
(<http://www.nobelprize.org>).

FEDERICO, G.; y TENA-JUNGUITO, A. (2016): "World Trade, 1800-2015", VOX CEPR's Policy Portal, 7 February.

SCHUMPETER (2015): "The golden age of the Western corporation may be coming to an end", The Economist, 19 September.